

# *Sufragio, representación y soberanía en la democracia contemporánea*

Darío Roldán  
UTDT / CONICET

En torno de *Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France* (1992), *Le Peuple Introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France* (1998) y *La Démocratie Inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France* (2000), de Pierre Rosanvallon.

Luego de haber desaparecido durante siglos de la paleta de regimenes posibles o deseables, el ideal democrático irrumpe como utopía y como desafío en el contexto del ciclo de revoluciones de fines del siglo XVIII. Dos siglos después la democracia se ha instalado como un sinónimo del bien político. Paradójicamente, esta tan reciente como extendida aceptación de la democracia –por cierto, en su versión “representativa”– coincide con la crisis de sus fundamentos.

Los síntomas de ese malestar son múltiples y a pesar de que divergen según las regiones y la historia, algunos son comunes e incluso trascienden las diferentes performances económicas. El incremento de la abstención electoral, la dificultad que enfrentan los partidos tradicionales en expresar las expectativas ciudadanas, la ruptura entre los ciudadanos y las elites, visible tanto en las elecciones como en las encuestas de opinión, son sólo algunos ejemplos. A ellos se han sumado condicionantes inéditos que limitan las decisiones emanadas de la voluntad popular: en particular, los efectos políticos de la globalización y, en algunos países, el rol creciente de instituciones –como la Justicia– cuyo poder en el proceso de toma de decisiones se ha incrementado significativamente.

La democracia parece haberse impuesto indiscutiblemente como ideal político al mismo tiempo en que se fragiliza su funcionamiento. Precisamente, la comprensión de esta fragilidad de la democracia contemporánea es lo que vertebró el conjunto de los textos aquí presentados y cuya originalidad no sólo reside en la profundidad del análisis sino en la propuesta que Rosanvallon vehiculiza en ellos y que él

mismo ha denominado “historia conceptual de lo político”.<sup>1</sup> De este modo, en estos libros se ofrece a la vez una clave de comprensión de la crisis política mayor que atraviesa la democracia contemporánea y una perspectiva original inédita acerca de cómo vertebrar la historia política, la historia de las ideas, la sociología política y la filosofía política.

Por ello, sería erróneo suponer que Rosanvallon analiza sólo los disfuncionamientos de la democracia contemporánea o que los compara con una época dorada o con un tipo ideal o que rastrea la historia de la aparición de los síntomas animado por una voluntad correctiva o prescriptiva. Su enfoque no se entrega ni a la nostalgia ni a la prescripción: tampoco cede a imputar defectos a corregir para un buen funcionamiento de un modelo. Su trabajo se aparta así de una nutrida bibliografía sobre la democracia centrada en el análisis de modelos (Held, Macpherson y otros) o en intentos de definición y problematización de sus componentes principales (Arblaster, Dahl, etcétera).

Alejado de estas perspectivas, el análisis de Rosanvallon se concentra en comprender aquella crisis partiendo de una idea central: las

<sup>1</sup> Es imposible, en el espacio disponible, ofrecer aunque sea una somera indicación de esta idea. Sobre el particular, cf. Rosanvallon, P. "Pour une histoire conceptuelle du politique". en *Revue de Synthèse*, 1986. N° 107, p. 93-105 –reproducido en este mismo número de *Prismas*– y la *Leçon Inaugurale* de la Chaire d'histoire moderne et contemporaine du politique al Collège de France, pronunciada el 23 de marzo de 2002 (Agradezco a P. Rosanvallon el haberme comunicado este texto). A lo largo de los textos aquí presentados, Rosanvallon también aborda esta cuestión. Por ejemplo, cf. *La démocratie inachevée*, pp. 32 y ss. y *Le Peuple Introuvable*, pp. 361 y ss.

dificultades de la democracia se enraizan en un conjunto de indeterminaciones conceptuales y filosóficas que pueden verse ya en acción en el momento de su irrupción como ideal político y que se despliegan y construyen en la historia. Su perspectiva es por ello, antes que nada, conceptual.

Pero, en la medida en que se **explaya** en el "largo plazo" –*grosso modo*, desde la **Revolución Francesa** hasta fines del siglo XX– su perspectiva es también **histórica**. Pero tampoco ella podría comprenderse a partir de una historia "lisa" de los problemas que la democracia ha enfrentado y del repertorio de respuestas ofrecido a ellos. Rosanvallon no se limita a construir una historia de la idea democrática ni a **relatar las diferentes maneras** en que ella fue concebida. Para él, la historia es el "laboratorio en actividad del presente y no la iluminación de su telón de fondo" y sólo el diálogo renovado entre pasado y presente permite "hacer legible el proceso instituyente de las sociedades".

Fundados en la perspectiva de contribuir a **elaborar los fundamentos** de una "historia conceptual de lo político", los textos que aquí se presentan **parten** del imperativo de comprender las indeterminaciones originarias inscriptas a la vez en la idea de la democracia y en los **desafíos** de su **realización**. Rosanvallon ha identificado hasta ahora tres<sup>2</sup> y ha consagrado un libro a explorar cada una de ellas: la que anida en la **conceptualización** del sufragio que lleva a explorar las dificultades que **revela** la historia de la ciudadanía; la que se **revela** en los mecanismos **representativos** que exige **interrogar** el **déficit** de figuración del Pueblo; por último, la que aflora en la **realización** de la soberanía popular que requiere exponer la **indeterminación** conceptual en torno de las **formas** de comprender la soberanía popular.

\* \* \*

*Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France* parte de la **convicción** según la cual la **noción** de igualdad política, es decir, de una equivalencia radical entre los hombres, introduce una ruptura intelectual esencial en la **reflexión** sobre la política y la sociedad modernas aún más importante que la idea de la igualdad social. En efecto, esta última puede hundir sus raíces en el cristianismo o provenir de la **extensión** de la **noción** de solidaridad entre

partes de un mismo cuerpo pero la equivalencia de calidad implicada en la **reivindicación** de la igualdad política sólo puede elaborarse a partir de una **visión**, a la vez y **paradójicamente**, individualista y **abstracta** del lazo social. La igualdad política sólo es **pensable** abstrayendo las diferencias "**reales**" que separan a los hombres, ya sea que ellas provengan de la Naturaleza o de la **Historia** y luego de haber decidido voluntariamente hacer **caso** omiso de las diferencias de saber y de poder. La igualdad política requiere entonces hacer **abstracción** de la **realidad** social. Aquí reside, al mismo tiempo, su extraordinario vigor y su radical debilidad, la **explicación** de su **fuerza** y las razones de la persistente desconfianza que –**aún veladamente**– sigue despertando.

Pero, **según** Rosanvallon, la originalidad de la igualdad política no se agota en la **visión** individualista y artificial de lo social que ella **impone**. También vehiculiza una imagen del lazo social en **contraposición** con las representaciones que desde el siglo **XV** pensaban el **vínculo** entre los hombres a partir de la idea de un mundo jerarquizado y dividido en órdenes o de las que desde el siglo **XVIII** lo escrutaban a partir de la **división** del trabajo bajo la **forma** del mercado. Transmutada bajo la **forma** del sufragio universal, la igualdad política introduce una **concepción** del lazo social alternativa al Cuerpo y al Mercado, fundada en la **noción** de Ciudadanía. Al hacerlo, introduce una **forma** de derecho también original en la medida en que, a diferencia de los derechos "individuales" de la **tradición** liberal, que son típicamente de **protección**, o de los derechos sociales que son de **distribución**, los derechos políticos inherentes a la **noción** de ciudadanía son derechos "constructivos"; ni **atribuyen** ni **protegen**: producen la sociedad en una suerte de identidad con la **ciudadanía**. De este modo, la historia de la constitución de la **noción** de ciudadanía también se inscribe en una **historia** de los modos de pensar lo social.

Ahora bien, si un **aspecto** de la **indeterminación** concerniente al sufragio

<sup>2</sup> Hasta ahora, se ha señalado que los tres libros constituyen una suerte de "trilogía" sobre la democracia contemporánea. Así lo dio a entender Rosanvallon en *Le Peuple Introuvable* (p. 22, nota I). Sin embargo, en las conclusiones de *La démocratie inachevée* sugiere que la exploración de estas indeterminaciones será enriquecida con otros volúmenes.

universal **remite** a las dificultades, implicaciones y supuestos políticos y filosóficos que **supone** la irrupción de la **noción** de igualdad política que Rosanvallon explora con gran detalle, otro **aspecto** es el que exige la **comprensión** moderna del voto. **Ello supone** advertir las dificultades y, a veces, **los fracasos** en pasar de la soberanía pasiva del pueblo -en la que sin duda se dejan escuchar ecos pre-modernos- al individuo elector moderno. El voto "antiguo" y el voto "moderno" **están** así separados tajantemente **por** esta **oposición** que distingue entre la **elección** producida por el pueblo considerado como un cuerpo y el pueblo considerado como una suma de individuos; entre "la **soberanía autorización** y el autogobierno, entre el consentimiento colectivo que se da a un hombre designado y la **elección** individual y razonada de un candidato".

La **historia** del sufragio universal se despliega así como respuesta a la **transformación** de la soberanía pasiva del pueblo en individuo elector moderno. Es, por **ello**, la **historia** del pasaje del consentimiento al autogobierno, y del pueblo -**considerado** como un cuerpo- al individuo **autónomo**. Pero es, **también**, una **historia** que, según Rosanvallon, se **sitúa** en el doble movimiento que implica la **secularización** (**autoinstitución** de lo político y lo social) y la **subjetivización** (advenimiento del individuo como **categoría** organizadora de lo social).

Rosanvallon examina la **cuestión** a **través** de una **presentación** cronológica. Esta **elección** es más "**rígida**" en el siglo XIX que en el XX puesto que el texto analiza sucesivamente la experiencia bonapartista (La **ciudadanía** sin democracia), El **orden** capacitario (fundado en la **noción** de soberanía de la **razón** y del ciudadano capacitario elaborada por Guizot, en boga durante la Monarquía de Julio), la experiencia de La **República** utópica (que alude a la **fracasada** experiencia de articular el sufragio universal con un **régimen** republicano entre 1848 y el coup *d'Etat* de Luis Napoleón), las vicisitudes del voto durante el Segundo Imperio que **reemplazó** a la República, legitimado por un **plebiscito** fundado en el sufragio universal (El poder *de* la **última palabra**) y, en fin, la experiencia inaugurada a **partir** de 1875 con la III República cuyos principales impulsores siempre pensaron a la República por encima del sufragio universal. De **allí** que la **conjunción** de ambos requiriera un considerable **esfuerzo** "pedagógico". **Ése fue** el sentido, **obviamente**, de la propuesta de Ferry de

**asociar** el derecho al sufragio universal con la **escolarización**, instalándose así en la continuidad de una de las ideas fuertes de los doctrinarios según la cual el voto no podía pensarse disociado de la capacidad (La educación de la democracia). Finalmente, un **último** capítulo cierra con las consideraciones relativas a la **historia** de la **aprobación** del voto femenino (El trabajo de la universalización).

Como se ve, el siglo XX no recibe la misma **atención** que el XIX, **anunciándose** aquí un **patrón** de **análisis** repetido en las otras obras, como si lo esencial de la **historia** conceptual de lo político debiera recluirse en la experiencia del siglo XIX. Sin embargo, por **detrás** de esta **presentación** cronológica discurren **al menos** cuatro perspectivas que vertebran una lectura diferente del texto, **confiriéndole** no sólo su indudable originalidad sino una extraordinaria capacidad para constituirse en **modelo** de **análisis** para otras experiencias.

La **consagración** del ciudadano **supone** la **aceptación** de la igualdad política y la emergencia del elector moderno. Ambos procesos sólo se hacen verdaderamente inteligibles, según Rosanvallon, en el entrecruzamiento de **varias** historias. En primer lugar, la más evidente, la **dimensión** jurídico-institucional jalonada en **Francia** por la **consagración** del sufragio universal en 1848, finalmente consolidado a partir de la III República y completado en 1944 con el voto femenino. Esta **dimensión** incluye otra, de naturaleza social. **Ella** se hace presente antes de 1848 puesto que, en su origen, la **definición** de la ciudadanía expresa **claramente** una forma de delimitar la **inclusión** social y es, por lo **tanto**, una **historia** relacionada con la **incorporación** de excluidos y marginales (extranjeros, dependientes, mendigos, etc.). Pero **también** **recubre** otra -**antropológica**- que se hace evidente cuando se la considera desde la perspectiva del voto femenino. **Ésta** no puede ya comprenderse sólo bajo la **forma** de la **historia** social, como el **producto** de un **conflicto** de **sectores** marginados que **luchan** por su **inclusión**. Rosanvallon sugiere que lo que la subtiende en profundidad exige movilizar una perspectiva **antropológica** en la medida en que la **historia** de la **universalización** del sufragio es **también** la del **paso** de individuos considerados dependientes al reconocimiento de su **condición** de autonomía. Dicho de otro modo, la **historia** de la lucha

contra el voto censitario es de naturaleza diferente que la lucha por el voto femenino. Esta dimensión antropológica—que implica un extraordinario cambio en la percepción del otro—se inscribe en la realización de una sociedad de individuos. Pero ésta es una historia sólo parcialmente cerrada con la plena “incorporación” de la mujer como individuo autónomo<sup>3</sup> puesto que aún plantea cuestiones pendientes como las restricciones “clínicas” (enajenados mentales) o de edad (menores) a la categoría de ciudadanos. Si, como sugiere Rosanvallon, esta historia no ha terminado es porque ella remite al proceso de individualización de lo social que anuncia el advenimiento del individuo radicalmente abstraído de toda “determinación”, considerado como un ser viviente sin ninguna distinción de condición, de sexo o de edad.

Las dimensiones jurídica, social y antropológica encubren finalmente otra,<sup>4</sup> epistemológica: la del reconocimiento de la validez del sufragio universal como procedimiento óptimo de decisiones. Según una fórmula clásica, ella involucra el conflicto entre el número y la razón y el de la legitimación de las decisiones. Igual que la historia antropológica del sufragio, la historia epistemológica es también una historia abierta. Es cierto que ella no persiste en la oposición al sufragio universal—cuya aceptación es indiscutida—; sin embargo, las ambigüedades que aún despierta se hacen visibles en algunos aspectos como la clarividencia que se atribuye a algunos frente a la ceguera de la mayoría, al retraso atribuido a las capas populares en relación con los límites de lo que puede ser sujeto de referéndum, etc. En suma, la consagración del ciudadano remite a un entrecruzamiento de una historia de la inclusión social, de una historia del sujeto moderno y de una historia de la tensión entre la racionalización política y la afirmación de la soberanía de la voluntad de los individuos.

La historia de la consagración del ciudadano es uno de los grandes *affaires* del siglo XIX. En Francia, ella adopta un aspecto especial puesto que se inserta en el legado del racionalismo político del siglo XVIII que se había construido, precisamente, en la oposición entre la noción de Evidencia y la de Opinión. Esta impronta permite comprender la especificidad política francesa de asociar el Interés General con la Verdad antes que con la adición de intereses

particulares que el sufragio universal tiende a expresar. De aquí, concluye Rosanvallon, el sufragio universal es, en Francia, antes que nada, un símbolo de la pertenencia social, una forma de “reapropiación colectiva del antiguo poder real”. De allí, las dificultades de la cultura política francesa en aceptar las implicaciones últimas de la igualdad política que, obviamente, exigen comprender el espacio político como “irreducible al de la gestión o al de la técnica”. Esta dificultad se hace visible en la concepción del campo de lo político puesto que éste tiende más bien a asociarse a la gestión que a un espacio de invención social de normas, definiendo así una “democracia de integración” antes que una “democracia de gobierno”. “La democracia ha triunfado como religión pero sólo se impuso como régimen tardíamente”, concluye Rosanvallon.

La crisis de la democracia de integración no remite sólo a los mecanismos asociados con el sufragio. La comprensión profunda de sus patologías, ambigüedades y dificultades requiere explorar los vericuetos a través de los cuales el sufragio universal crea las condiciones para la “expresión” de la soberanía popular. Por ello, su comprensión exige examinar los mecanismos representativos que subtienden la democracia.

\* \* \*

*Le Peuple Introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France* explora las indeterminaciones concernientes a la representación. Rosanvallon parte aquí de constatar que desde el mismo momento en que se reabre el debate en torno de la democracia se instala la cuestión de la representación. Es en su origen que la idea democrática conlleva un

<sup>3</sup> De paso, esta distinción permite introducir una comparación entre el modelo francés y el modelo inglés a propósito de las maneras de explicar la inclusión de las mujeres y el relativo retraso con el que esa incorporación se produjo en Francia. Si en Inglaterra, las mujeres acceden al voto como expresión de una “particularidad social”, en Francia sólo lo hacen cuando se piensa a las mujeres como parte de la “universalidad”. El mismo argumento fue luego retomado por M. Ozouf en *Les mots des femmes*, Paris, Fayard, 1995.

<sup>4</sup> Rosanvallon deja de lado otra posible perspectiva, que califica de “cultural” y que remite a la historia del significado de las vicisitudes relacionadas con las prácticas electorales, el fraude, la organización de los padrones, el voto secreto, en suma, todo lo que se vincula con la garantía de la libre expresión del elector.

problema: el poder del pueblo es un imperativo a la vez político, puesto que implica definir un regimen de autoridad, y también sociológico, puesto que implica también definir el sujeto que ejerce esa autoridad.

La cuestión fue planteada desde el inicio del ciclo revolucionario. Baste recordar las consideraciones célebres de Burke en su discurso a los electores de Bristol, las reflexiones de El *Federalista X*, los desarrollos de Sieyès a propósito del debate acerca del poder real. El debate en torno de ella se desarrolla ininterrumpidamente a lo largo del siglo XIX y ni siquiera vale la pena recordar que él recrudece en la segunda mitad del XX.

Ya sea porque, a través de la representación, la soberanía popular es víctima de una apropiación, ya sea porque ella misma se entrega a un proceso de autodesposesión o de delegación, ya sea porque el "lazo representativo" se desdibuja por el desinterés de los representados –debilitando así el compromiso ciudadano–, por la ambición de los representantes, o por la confiscación de la voluntad en manos de algunas instituciones representativas –aspecto especialmente referido a la "crisis" tanto de los parlamentos como luego de los partidos políticos como instituciones representativas–, el debate sobre la representación en los últimos dos siglos conoció una nutrida enumeración de problemas que no hace sino reproducir la dificultad de elaborar, construir y combinar el principio de la soberanía popular con el inevitable carácter representativo que asume la democracia.

Pero este conocido debate se centra en el problema de la "distancia", en los "desajustes" de diverso orden que se instalan junto con el lazo representativo. Sin embargo, y no es la menor originalidad del texto, Rosanvallon no busca comprender el problema de la representación bajo la perspectiva de la historia de una distancia<sup>5</sup> o del elenco de desajustes de la democracia representativa; tampoco instruye el proceso de una "traición" que habría llevado a los representantes a alejarse irremisiblemente de sus representados ni, menos aún, denuncia las aporías de una renuncia colectiva que finalizaría en anteponer la felicidad privada a la invención de una empresa colectiva. Por ello, no se centra en observar los mecanismos de miniaturización de la sociedad (leyes proporcionales), ni los de reducción de la distancia a través de la reducción

de mandatos o la reintroducción subrepticia de formas de mandato imperativo –como el control partidario de la acción de los representantes–; tampoco en analizar la reflexión que asocia la identidad sociológica con la "buena" representación o con debatir acerca de la mejor forma de resolver los disfuncionamientos de las instituciones representativas –sean estas partidos, sindicatos, u otras–. Aun estando presentes y desgranadas a lo largo del texto, estas cuestiones no constituyen el núcleo del libro.

Para Rosanvallon, la indeterminación fundamental de la representación moderna adopta la forma de una "dificultad de figuración de la democracia". En efecto, según Rosanvallon, la irrupción de la idea democrática no puede prescindir de coexistir con formas de "representación". Esta asociación entre representación y democracia o entre representación y soberanía popular es independiente de que ella sea el producto de una filosofía positiva o negativa de la representación –más allá de que el impacto de una u otra es de significativa importancia– y proviene de un impedimento técnico: la democracia directa es, en la práctica, imposible.<sup>6</sup> Ahora bien, porque es inevitablemente representativa, la democracia debe aportar una respuesta a dos problemas al unísono: en primer lugar, debe "encarnar" el poder del pueblo, definirlo, reconocerlo, darle existencia; en segundo lugar, debe realizar el poder del pueblo a través de instituciones y formas políticas. Dicho de otro modo, la democracia requiere resolver un problema de "figuración" y un problema de "mandato". Explícitamente, el texto se concentra en el problema de la "figuración" dedicándole menor importancia a los problemas "institucionales", de realización del mandato.

En la medida en que la democracia presupone que existe un sujeto que puede llamarse "pueblo" y que ese pueblo puede expresar su voluntad,

<sup>5</sup> Plantear el problema de la representación basado en un disfuncionamiento de la distancia entre el pueblo y los representantes equivaldría –como se comprenderá enseguida– a negar el planteo que sugiere Rosanvallon pues ello supondría la existencia no problemática del pueblo, el cual, en la perspectiva de Rosanvallon, sólo puede "figurar" a través de la representación.

<sup>6</sup> Rosanvallon retoma esta cuestión en *La démocratie inachevée*. Al respecto, cf. más adelante en este comentario. Este punto forma parte de algunas de las inevitables repeticiones que incluyen estos textos.

aquella dificultad alude entonces a las condiciones de posibilidad de su definición y de su reconocimiento. Ahora bien, la dificultad reside en que la **política** moderna confía al pueblo el poder en el **momento** en que lo social se abstrae al desaparecer los "cuerpos" que le **daban** visibilidad. Esta opacidad no debe ser percibida simplemente como el **producto** del advenimiento del individuo sino **del** hecho de que el imperativo igualitario que la "sociedad **democrática**" impulsa requiere, para **hacer** de cada individuo un sujeto de derecho y un **ciudadano**, considerar a los hombres de **manera abstracta**, des-inmersos de la sociedad. La voluntad popular se **instala** como principio **exclusivo** de legitimidad cuando la percepción **sociológica** del pueblo se transforma en una dificultad. Es la producción de la visibilidad de lo social lo que constituye la base del **problema** de **figuración** de la democracia y el **corazón** de la **cuestión** representativa.

La misma dificultad, según Rosanvallon, puede comprenderse desde otra perspectiva: la consagración **jurídica** del individuo requiere **expulsar** las determinaciones de la naturaleza o las herencias de la historia; **sólo** de ese **modo** es posible crear condiciones de equivalencia entre los individuos. Como advierte Rosanvallon, "Lo social pierde toda consistencia propia para ceder el lugar a un **principio** formal de **construcción jurídica**". De allí, por supuesto, el **carácter** **convencional**, **abstracto**, **ficcional** del lazo social al que Rosanvallon ya había aludido en *La consagración del ciudadano*. Al contrario de las sociedades tradicionales que hacían de las diferencias un factor de **integración** de lo múltiple a la unidad, la **integración** a la sociedad **democrática** **sólo** es posible en la ficción y en la abstracción. En síntesis, el **punto** esencial es el **carácter** indeterminado del pueblo **concreto**; es que el sujeto que debe **expresar** su voluntad **sólo** puede ser percibido bajo la **forma** de una ficción y como una identidad en construcción. Toda la dificultad **—advierte** Rosanvallon— reside en la distancia entre un principio político **—la** afirmación de la supremacía de la voluntad **general—** y una **realidad sociológica**".<sup>7</sup>

Es precisamente esta **oposición** entre el principio **sociológico** y el principio político de la democracia lo que se explora a lo largo del texto. A diferencia del libro sobre la ciudadanía, en este **caso** Rosanvallon adopta una **periodización** más independiente de los regímenes políticos aunque

el libro **—aun** conteniendo observaciones de **carácter** general e intuiciones **punzantes** para reflexionar la cuestión en abstracto\* se concentra en la **experiencia** francesa. La exploración se divide en tres tiempos. En primer lugar, la "era de la abstracción" en la que la idea del pueblo **soberano** permanece como un principio, como el programa político de un espectro de los herederos de la **revolución**. Aquí Rosanvallon explora los meandros de la dificultad hasta **grosso modo** mediados del siglo XIX, en que la **cuestión** de la **figuración** se expresa de **manera** indefinida en la medida en que ni la soberanía popular es el fundamento de legitimidad del régimen político en **Francia** ni, por supuesto, el sufragio universal **está** en vigor. La **cuestión** irrumpe verdaderamente como **problema** a partir de 1848 pero, una vez **más**, coincide con una concepción **universalista** del sufragio. Precisamente, la **brevidad** de la experiencia **republicana** coincide con la **desaparición** de la era de la **abstracción** que es superada a partir de las reivindicaciones de **representación** identitaria del mundo obrero **—condensadas** en un **célebre** documento: El "Manifiesto de los 60"<sup>8</sup> que **proponen** repensar el **universo representativo** a partir de la **crítica** a la **concepción** universalista del pueblo y **reclaman** vincular la **representación** con las variables **sociológicas**.

La segunda **etapa** concentra lo esencial del texto. Rosanvallon la llama la "democracia de equilibrio". Ella surge como una respuesta al **desafío** que había implicado la **irrupción** de una demanda de involucramiento de la diferencia social en los mecanismos representativos. El periodo **—cronológicamente** incluye en lo esencial el **momento** de la **III República** aunque sus características **se** extienden hasta la **V República**<sup>9</sup> **se caracteriza** porque en **él surgen** las reivindicaciones de enraizar los mecanismos representativos en las diferencias "visibles" de la sociedad y, **sobre todo**, las soluciones que se van precisando y **dándole** cauce a esas

<sup>7</sup> P. Rosanvallon. *Le Peuple Introuvable*, p. 12.

<sup>8</sup> "El Manifiesto de los 60 es un manifiesto publicado el 17 de febrero de 1864 en el marco de las elecciones legislativas parciales en París y firmado por 60 obreros reclamando la representación obrera.

<sup>9</sup> En rigor, es la crisis de esa democracia de equilibrio (cuyas instituciones centrales —partidos, sindicatos e instituciones de "conocimiento social"— se forjan durante la III República) a la que asistimos, según Rosanvallon, desde la década de 1980.

reivindicaciones. Así, **demandas** obreras, ideas de proporcionalidad en **las** elecciones, representaciones parlamentarias de intereses, etc., dan **lugar** a la progresiva emergencia de instituciones de **figuración** de la democracia.

De este modo, la "**democracia de equilibrio**" se asienta **sobre** tres "**muletas**" –**bequilles**– que **resultarían** del proceso de involucramiento social en las instituciones representativas: **los** partidos políticos, que profesionalizan la **función** del representante y **permiten** formular identidades políticas; **los** sindicatos, que reconstruyen y vehiculizan una **concepción menos volátil** de lo social, y **los** cuerpos intermedios –**consejo** del trabajo, consejo **económico** y social–, que implican un **vínculo** con la sociedad a **través** de la **representación**. A ello debe **agregarse una** formidable **expansión** de las ciencias sociales –**cuyo desarrollo está** formidablemente **analizado**– que participan **tanto** de la tarea de dar **cuerpo** a lo social como a la de facilitar y **proceder** a su desciframiento. Son, entonces, **las** dificultades de **los** fundamentos de la democracia de equilibrio –**articulada** en lo esencial entre fines del XIX y principios del XX– **las** que explican la crisis actual de la **representación** y, por lo **tanto**, de la democracia. En suma, crisis de **los** partidos, de **los** sindicatos, de **las** instancias burocrático-administrativas encargadas de representar intereses en el seno del Estado y de las ciencias sociales se anudan para dar **tono** a la crisis representativa **contemporánea**.

Tal como lo presenta Rosanvallon, el problema esencial es que esa "**democracia de equilibrio**" ha sido incapaz de "**darle forma** política a lo social". En rigor, la democracia de equilibrio **sólo** **logró** –y **parcialmente**– domesticar **los** inconvenientes de la **disociación** "**entre el momento político y el momento sociológico**" de la democracia moderna. De esta **manera**, aun en el contexto general de una **historia** compleja y por su propia naturaleza condenada a la **irresolución** –**puesto** que, como se **verá**, es posible prever la imposibilidad de estabilizar la **figuración** del pueblo en la medida en que **él también** es parte de **las** continuas e inevitables transformaciones de la sociedad–, este marco **permite** comprender la fase **contemporánea** del problema de la **representación** como una crisis de **las** instituciones privilegiadas de la "**democracia de equilibrio**" acelerada desde la década de 1980 por la **disolución** de las identidades **partidarias**, la **descomposición**

sindical y la **desociologización de la vida** política. Se anuncia, así, la entrada en una nueva edad de la democracia.

Si el pueblo es "**inhallable**" (*introuvable*), entonces es porque la tarea de la **figuración** y, por lo **tanto**, de su **representación** –la de hacerlo visible y la de darle existencia– es, **después de todo**, una tarea sin fin. En este **punto**, destaca **la dimensión** cognitiva involucrada en la **cuestión** representativa. En efecto, esta **dimensión** es un imperativo resultante del **carácter** opaco que emerge de la necesidad de hacer que la sociedad pueda ser **más** legible y de dar **forma** a un mundo en el que **los** individuos se **orientan** cada vez con **más** dificultad. **Punto** central, para Rosanvallon se articulan aquí la política y la **investigación** social. Si bien es **cierto** que **los** medios de **investigación** social se **muestran** cada vez **más** ineficientes para comprender **los** movimientos recientes de la sociedad (en parte porque **las categorías** socioprofesionales que **los** articulan se diferencian crecientemente), no lo es **menos** el que la **investigación** social es parte **ella** misma de la complejidad de la **dilucidación** representativa. Los excluidos no constituyen un grupo social; la **exclusión** no es un estado sino un proceso, no es una **situación** sino una historia. Por **ello**, Rosanvallon insiste en una idea central: antes de **algo** que ya existe, es **más** vale la presuposición del pueblo lo que constituye el sujeto político de la democracia. Por **ello**, "el objeto de la política es hacer vivir y activar esta **presuposición**".

De este modo, el problema de la **representación** debe comprenderse en el contexto de una **historia** que comienza con el origen de **las** ambigüedades en que **podría** articularse la **figuración** del pueblo, que **permite** observar y **entender históricamente** **las** formas con las que la democracia de equilibrio intentó resolverlas y que, en el mismo movimiento, **hace** posible explicitar **las** dimensiones que caracterizan la crisis de la **representación contemporánea**.

El texto ofrece entonces la **historia** inacabada e inacabable de darle **figuración** al pueblo en el contexto de un proceso de **abstracción** de lo social que tiende, **además**, por la complejidad de su **evolución**, a diseminarse e individualizarse cada vez **más**. Dicho de otro modo, el problema de la **representación** posee una **dimensión** cognitiva. Por **ello**, la crisis de la **representación** **también** se expresa en la crisis de **las** ciencias sociales, es decir, de **aquellas** actividades cuya finalidad es producir conocimiento de lo social

en un **contexto** en el que las **transformaciones** sociales han convertido en experiencias individuales lo que antes se percibía como una sociedad **claramente articulada** en grupos o clases. En la sociedad, los individuos ya no **existen** en "estados" sino **más bien** en situaciones, en trayectorias: los moldes de las ciencias sociales no pueden percibir a los excluidos con la misma eficiencia con que podían **observar** la clase obrera. De este **modo**, la **cuestión** de la **representación** no es la **historia** de los mecanismos representativos, **ni tampoco** es la **historia** del agotamiento de formas representativas que habrían intervenido para estabilizar **espasmos** o crisis democráticas, sino **más bien** la **expresión** de una blisqueda perpetua, de una **dinámica** de la **producción** de la figura del Pueblo.

\* \* \*

*La Démocratie Inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France* parte también de la **constatación** de la fragilidad de la democracia. Pero esta vez, a diferencia de las dificultades que **revela** la historia de la constitución de la ciudadanía o de las que expresa el **déficit** de figuración del pueblo, la fragilidad **está** asociada con una **indeterminación** conceptual mayor inherente al principio mismo que **caracteriza** la democracia: la soberanía del pueblo. Esta **indeterminación** mayor **remite**, **según** Rosanvallon, a dos equívocos visibles **también** desde el inicio de la **revolución**. En primer lugar, a una ambigüedad referida a los procedimientos representativos. Aun cuando todos los constituyentes de 1789 –**arguye** Rosanvallon– acordaban en la necesidad de esos mecanismos, las visiones de la **política** en la que se volcaba **ese consenso** abarcaban **tanto** a quienes percibían al gobierno representativo en conformidad con el **espíritu** democrático como a quienes lo percibían en ruptura con **él**, como si se tratara de **una "compensación"** a la imposibilidad de realizar la "verdadera democracia" en el mundo moderno. En segundo lugar, esta **indeterminación** **remite también** a la "dualidad de la idea moderna de **emancipación**". En efecto, sostiene Rosanvallon, el mundo moderno nace en la coincidencia de dos aspiraciones de autonomía: la que sostiene la **noción** de la autonomía individual y la que se nutre de la **participación** del individuo **autónomo**

en un proyecto colectivo de ejercicio del poder social. Desde el origen, la democracia representativa enfrenta la dificultad de expresar la soberanía popular y la de conciliar la **aspiración** a la autonomía individual con la de la **participación** en un proyecto colectivo. Es en ese **sentido** que, para Rosanvallon, la democracia ha constituido siempre, y **al mismo tiempo**, una **solución** y un problema para instituir una ciudad de hombres libres. Es por eso, **además**, que el problema esencial es el de la **relación** entre el **liberalismo** y la democracia.

Pero la soberanía popular es en sí misma, **también**, un concepto ambivalente. Por un **lado**, alude a una **concepción** pasiva, que asocia la soberanía con un principio de legitimidad que se expresa bajo la forma de una soberanía **autorización**; por el otro, **remite** a una **concepción** activa, que la vincula con el efectivo **gobierno** popular que se realiza en la idea de una soberanía instituyente en **torno** de la que se organiza el **contrato** social. A fines del siglo XVIII, coinciden confusamente, por así decir, Jurieu y Rousseau, la antigua **doctrina** del consentimiento popular y la de una imagen del pueblo como creador de sus **normas** políticas.

Estas ambigüedades se despliegan descarnadamente en la **Primera** Parte del texto, **confiriéndole** su arquitectura. En "Los bordes de la democracia" Rosanvallon **explora** las **formas** de la democracia y sus variaciones desde la crisis de la monarquía hasta la **III República**. Desde su perspectiva, el **punto** de **partida** es el derrumbe de la monarquía y el **concomitante** eclipse de los representantes frente al pueblo. **Ese contexto** se define, **además** por dos **características**: por un **lado**, una **desinstitucionalización** de lo político –**debido** a la **desaparición** de las instituciones **monárquicas**–; por el otro, la **multiplicación** de la soberanía en asambleas y **pequeños** polos **autónomos**. El Terror –**la exaltación** del poder de la calle– y Thermidor –**la confiscación** de la soberanía popular por un puñado de jefes– ejemplifican **los dos grandes modelos** en **los que** la **revolución** fracasa en articular la soberanía **popular**. Así, "El **fracaso** de la democracia representativa –**concluye** Rosanvallon– se resuelve por la espada".

Este primer **fracaso** en pleno proceso revolucionario se reproduce en **las** cuatro tentativas de disipar la **indeterminación** democrática que se escalonan entre el Imperio y la **III República**. En **cada** una de **ellas** la

democracia termina por disolverse tratando de realizarse. En un extremo **cronológico**, el liberalismo no **democrático** de la experiencia doctrinaria **retoma** la perspectiva de Thermidor de organizar el **orden** y de consolidar la democracia como **forma** de la sociedad **pero al** precio de una **negación** absoluta de la soberanía popular. En el otro, la democracia iliberal del II Imperio intenta resolver el problema de la **realización** de la soberanía popular a **través** de la encarnación-representación de la figura del Emperador. Entre **ambas** –**nótese al** pasar que **sólo ellas** dos constituyen efectivos regimenes políticos– la soberanía popular se piensa en **torno** de otras dos tentativas que se expresan en las inmediaciones de la experiencia republicana. Por un **lado**, la cultura política de la **insurrección**, que **también** encuentra sus raíces en Thermidor y su gran **teórico** en Blanqui, ve la **desinstitucionalización** de la política –**la** **barricada** y la **acción** inmediata– como la **condición** de la emancipación de los hombres. Por el otro, la **absolutización** y la generalización del procedimiento electoral, que se funda en una política de **ratificación** popular permanente, y que constituye la clave de la **prédica** de la izquierda en la **década** de 1850.

La consolidación de las instituciones de la III República **estabiliza** una **forma** de democracia que Rosanvallon llama democracia **media** (*moyenne*) y cuyo **análisis** constituye lo esencial de la Segunda Parte del libro. Esta *dkmocratie moyetzne* que abarca de la III a la V República coincide con la democracia **de integración** –**tal** como **ella** había sido presentada en La **consagración del ciudadano**– y con la democracia **de equilibrio** –**tal** como **ella** había sido presentada en *Le Peuple Introuvable*–. Esta Segunda Parte finaliza con el **análisis** de la crisis **contemporánea** de la democracia y es, por dos razones, una de **las partes más** atractivas del texto. **Primero**, porque ofrece una **interpretación** de la naturaleza de la crisis de la democracia **contemporánea**; segundo, porque muestra un giro significativo en la perspectiva de Rosanvallon, quien progresivamente abandona su rol de "historiador de la idea **democrática**" para ofrecer elementos de una "teoría de la democracia **contemporánea**".

Acechadas **por los fantasmas del cesarismo** –**la** **impronta bonapartista**– y de la **revolución** social –**la** **Comuna**– y vivificadas por una **visión** **elitista** de la política, las instituciones

**republicanas** **sustituyen** la **soberanía del pueblo** por la soberanía de la **nación** y **privilegian** la naturaleza republicana del **régimen** por encima del **carácter** universal del **sufragio**. El advenimiento de una democracia de **partidos** que modifica el **lazo representativo**, la **ampliación** del espacio **público** y de las **formas** de **expresión** políticas que **contribuirán** a relativizar **las críticas** al sistema **parlamentario** crean un clima inestable e **imperfecto** pero suficiente como para crear un espacio que diluye la antigua alternativa entre el consentimiento resignado, encarnado en las experiencias del liberalismo no **democrático** y de la democracia iliberal, y las ilusiones de un **recomienzo** absoluto, expresadas por la **insurrección** permanente y por la **absolutización** de los procedimientos electivos. Su mayor **mérito** es haber aliado evolutivamente el parlamentarismo y la democracia.

Como se sabe, la **evolución** de este **vínculo** es interrumpido por las guerras mundiales y, de hecho, la III República fenece por la **invasión** alemana. Del mismo **modo** en que Rosanvallon presenta **los** cuatro bordes inquietantes de la democracia del siglo XIX, analiza **los** "precipicios **terroríficos**" que en el siglo XX **angostan** "la ruta hesitante de la soberanía del pueblo: el comunismo leninista-staliniano y el **nacional-socialismo**". Aun cuando Rosanvallon presenta a **los** totalitarismos como una **versión** brutalmente agravada de **los** bordes de la democracia del siglo XIX, muestra cómo ellos **permiten** comprender el origen de una **reformulación** "modesta" de la idea **democrática**. Es el **momento** de Kelsen, Popper, Schumpeter, quienes "formulan filosóficamente la **ambición** **democrática** en la era del **totalitarismo** y del **realismo sociológico**". El **cambio** en la **conceptualización** de la soberanía popular es, entonces, significativo. La democracia **deja** de remitir a la **visión** de un pueblo "legislador y magistrado" para **designar** un **régimen** protector de libertades: la democracia se transforma en el **anverso** de la dictadura. La emergencia de la **Autogestión** en la **década** de 1970 no sólo demuestra la **insatisfacción** con esa idea de una democracia negativa sino que expresa **también** el **combate** por la **emancipación**, desfigurada por el socialismo **burocrático** y reducida por la democracia negativa. Es el **síntoma** de la crisis de la *démocratie rnoyenne*. Es el **momento** en que se inaugura la crisis de la democracia **contemporánea**.

Desde la **formulación** republicana a la idea de **autogestión** se despliega un segundo **momento** en la **construcción** de la democracia que cambia radicalmente en la **década** de 1980: la **globalización** de los mercados y la caída del comunismo muestran un **malestar** en la democracia y una suerte de **declinación** de la voluntad. La **comprensión** de la naturaleza de esta crisis cierra la Segunda Parte.

Para Rosanvallon, en ella termina un ciclo largo de representaciones heredadas de lo político, **organizadas** en torno de la idea de la Voluntad. Se cierra así el ciclo que Maquiavelo había inaugurado **pensando** la construcción de la ciudad como **potencia autónoma** y que Rousseau había enriquecido superponiendo el Pueblo a la figura del Príncipe y haciendo de la democracia un **régimen fundado** sobre la voluntad humana. Rosanvallon parece sugerir entonces que si el primer ciclo del **problema teológico-político** se cierra con la secularización de la **política**, el segundo **finaliza** con el agotamiento de la **noción** de Voluntad General, núcleo básico de la crisis contemporánea de la **noción** de soberanía popular.

Esta crisis de la voluntad se explica, entre otras razones, por transformaciones que afectan las **formas de regulación** económica y social –la **desregulación**, entre otras–; por la **complejización** de la sociedad –que eclipsa al sujeto de voluntad–, etc. La **conclusión** es que la democracia no puede pensarse ya bajo el **modo teológico-político**. Aún más: Rosanvallon sugiere que se asiste a la entrada en una "era ordinaria de lo político".

El **análisis** de una **tentación** y dos ilusiones que obstruyen ese camino y que son parte de la crisis antes que su **solución** completa el **diagnóstico**. **Primera tentación**: olvidar la idea de la soberanía del pueblo reduciendo la democracia a su **definición** negativa y reclusando en el **pasado** la perspectiva de una sociedad que se autogobierna. El reino de mercado, de **los** derechos del hombre y de **los** derechos de **opinión** bastan, desde esta perspectiva, para prevenir la tiranía, **único** fin atribuido a la democracia. Se **combinan** en esta **opción** una justa denuncia del "constructivismo social" con la descalificación de **todo** proyecto colectivo. A pesar de la **percepción correcta** del agotamiento de la metafísica de la voluntad general, esta perspectiva **renuncia** a percibir la democracia "como el **intento** de instituir un **conjunto** de individuos en una comunidad".

Dos ilusiones, la soberanista y la mundialista. La **primera** reivindica la "verdadera" soberanía, traicionada **por** instancias que **limitan** el **libre** ejercicio de su poder, como las decisiones de organismos internacionales o las de instituciones jurídicas. La segunda **sólo** ve en el problema de la democracia una **cuestión** de escala. Se **contenta** con suponer que basta trasponer a nivel europeo o mundial **los** procedimientos del **gobierno** representativo. A igual distancia de la **tentación** de olvidar la soberanía popular como de **las** dos ilusiones evocadas, Rosanvallon concluye que la gran **cuestión** pendiente es la "redefinición del imperativo **democrático** en la edad de una sociedad civil plenamente emancipada".

Ahora bien, ¿cómo pensar el **impasse** de la democracia **contemporánea**, atrapada entre una **noción** "minimalista", aspiraciones **frustradas** e ilusiones **vanas**? Punto clave del libro –aunque ubicado en las conclusiones–, Rosanvallon avanza esencialmente el esqueleto de una respuesta y anuncia elementos de una teoría de la democracia escandidos –al menos por ahora– en tres puntos principales: la **elaboración** de la **noción** de soberanía compleja, la **reflexión** sobre la **pluralización** de las temporalidades de lo político y la perspectiva de una **emancipación** generalizada.

La soberanía compleja difiere de la concepción **tradicional** en que rompe con la **visión** monista de la política y con la **polarización** que ella implica. Ella busca superar la **convicción** de que el voto es la única **opción** de **formación** de la soberanía, **rechaza** la idea de que el crecimiento de instancias no **electas** sea un atentado al poder de las urnas y vehiculiza una **concepción** positiva de **las** divisiones sociales. La idea de una soberanía plural se inserta entonces en la **superación** de la soberanía monista y en la **vocación** de pensar la soberanía incorporando **diversas** formas de **participación** ciudadana, multiplicando **los** niveles de la **representación** y haciendo del reconocimiento del pluralismo representativo la clave de un **gobierno más fiel** a la voluntad general. Al multiplicar **las** instancias de **participación** y de **representación**, esta perspectiva **permite** reformular la **relación** entre democracia **directa** y **gobierno** representativo incrementando la influencia de la sociedad en el proceso político. Pero, **sobre todo**, se corresponde con la idea del Pueblo Inhallable puesto que el pueblo permanece como un poder que nadie puede

encarnar, transformándose así en el sujeto, a la vez central y ausente, del proceso político. La soberanía compleja pretende resolver el problema de darle forma política a lo social, reconociendo, al mismo tiempo, la inexistencia de un pueblo uno y de existencia real y la vasta complejidad de la sociedad moderna.

La reflexión sobre las temporalidades de la política ha estado ausente de la teoría política excepto por las consideraciones que asocian la duración de los mandatos con formas de reducir la distancia entre representantes y representados. Sin embargo, para Rosanvallon se trata de un punto clave en la medida en que la democracia "no adquiere sentido sino como la construcción de una historia". Desde su perspectiva, las definiciones procedurales (mecanismos de legitimación y de decisión) o los enfoques esencialistas (tomando en cuenta la calidad social del poder y sus representantes) son insuficientes puesto que no pueden dar cuenta del hecho de que la voluntad general es sustancialmente una elaboración del tiempo. El pueblo, como sujeto colectivo, es en sí mismo una figura del tiempo. Desde la perspectiva de Rosanvallon, la democracia no es sólo el sistema que permite a una colectividad gobernarse a sí misma sino el régimen en el que se construye una identidad común.

La emancipación generalizada retoma la tensión clásica entre el objetivo de la democracia de sustituir los poderes externos por la autoinstitución con el principio de la autonomía individual. La historia de esta tensión es conocida: el riesgo de la tiranía de la mayoría que involucra el principio democrático es paralelo con el peligro de que la protección de los individuos frustre un proyecto colectivo. Esta oposición está ilustrada en el siglo XIX francés por la oscilación entre el liberalismo no democrático (Restauración y Monarquía de Julio) y la democracia iliberal (bonapartismo).

El equilibrio finalmente hallado –la democracia de equilibrio– es inestable, tal como lo muestra la crisis actual. Rosanvallon concluye entonces que ya no se trata de "mettre en puissance le peuple" sino de instituir una colectividad coherente; de pasar de "una democracia de la voluntad a una democracia de la institución cuyo objetivo es organizar la vida común por la regulación de la distribución de derechos y de bienes entre los hombres y las mujeres". Por ello, el concepto clave no es ya el de la voluntad sino el de Justicia.

\* \* \*

En la democracia habita la incertidumbre. Desde principios del siglo XIX, quienes se habían dedicado a escudriñar los contornos inéditos de la sociedad posaristocrática lo habían evocado. Tal como lo muestran estos textos, la democracia se funda también en indeterminaciones que sólo pueden ser observadas con lucidez; que se resisten a resolverse. Por ello, la democracia es una forma política en esencia incompleta. La democracia no sólo tiene una historia; Rosanvallon señala bien que ella es una historia. De allí la paradoja que estos textos sugieren: la lucidez de la crítica de las indeterminaciones democráticas no puede resolverse en la elaboración de una teoría de la democracia.

De este modo, estos tres textos ofrecen una exploración profunda de las indeterminaciones constitutivas e insalvables de la democracia. Pero ofrecen también, y no es un interés menor, una forma inédita de pensar lo político. Así, no sólo constituyen una crítica lúcida de la democracia sino un manifiesto renovador para quienes se interesan por articular la reflexión política, la historia política y el compromiso ciudadano partiendo de una comprensión penetrante de los desafíos que plantea la política contemporánea. □